

## La necesidad de aprender lenguas indígenas

José Antonio Gay  
1950

Extinguido el colegio de la Compañía de Jesús, quedaron impartiendo instrucción, en la escuela que sostenían en Guadalupe, los padres betlemitas, en algunas otras de niños en los demás conventos. Los principales colegios para la juventud, eran el de Santo Domingo, a que concurrían numerosos alumnos, desempeñando las cátedras de gramática, filosofía y teología de Santo Tomás catedráticos de fama por su saber; el colegio Seminario, el de San Bartolomé y aun los de algunos conventos, como la Merced y San Agustín. El Seminario, protegido a porfía por los obispos, hacía sentir sus adelantos, resistiéndose también a veces al olvido en que quedaba por algunos años. Es verdad que la ciencia no se aprendía allí, sino con limitación, ordenándose principalmente los conocimientos que se comunicaban al buen desempeño del ministerio eclesiástico, y aun estos se alcanzaban mezquina e imperfectamente, pero este mal era efecto de su tiempo y se resentía de él toda la nación. Sus maestros eran escogidos entre los más distinguidos por sus talentos y saber, y pudo contar, como uno de ellos, a D. José Moziño, que después se hizo tan notable, prestando a las ciencias importantes servicios en México y Europa.

Deseando el Sr. Ortigoza tomar parte en los adelantos de esta casa, fundó, con doce mil pesos de su peculio, cuatro becas de gracia, que se debían proveer en dos indios e igual número de españoles, con la obligación precisa de unir a los conocimientos general de filosofía y teología, el de algún idioma de los que se hablaban en Oaxaca, señalándose especialmente el mixe, chinanteco, cuicateco, amuzgos o chontal. Además, los beneficiados se comprometían solemnemente a recibir las Sagradas Ordenes para ejercer la cura de almas en alguna parroquia del idioma que ellos poseyesen. El objeto, como se ve, era proveer a las necesidades religiosas y aun sociales de los indios, por

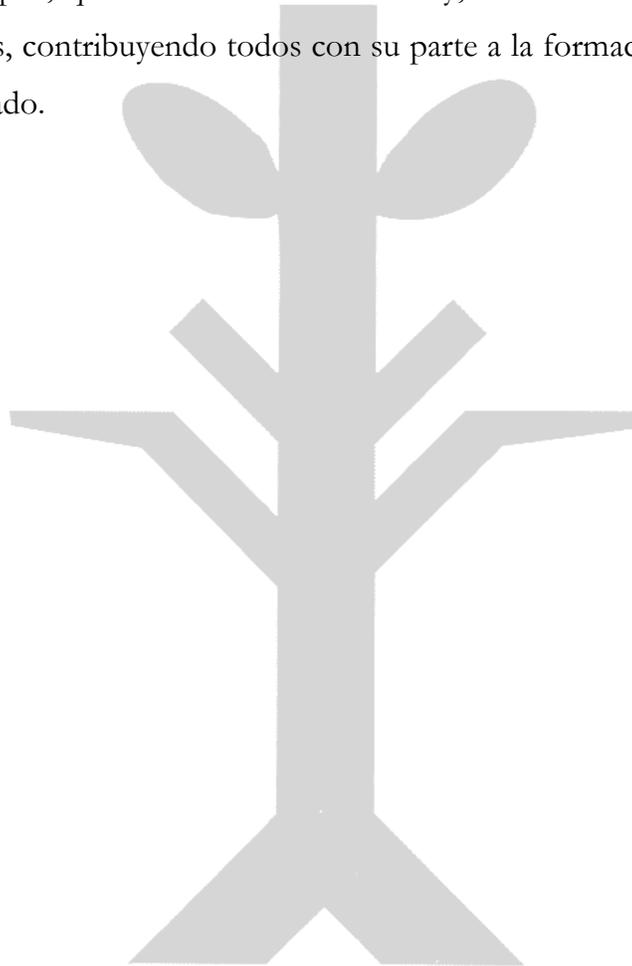


cuyo bien solo los sacerdotes católicos pueden en verdad sacrificarse. Inaccesibles estos indios a las costumbres y usos de los blancos, metidos en sus ásperas serranías, privados de aquellas comodidades que facilitan la civilización y aun de los alimentos indispensables para satisfacer las necesidades más comunes; acosados por el mosco y el calor sofocante en unas partes, por el frío insoportable y la permanente humedad y neblina, en otras; por las víboras y las fieras en donde quiera, el joven sacerdote que ha nacido en una ciudad, no puede resolverse a salir de su país natal; habitar toda la vida entre hombres incultos, miserables y groseros, afrontando sus inepticias, desconfianzas y caprichos; luchar con su ignorancia y con sus vicios, exponiendo para ello la vida, día a día, sin recompensa ni gloria, y en fin, morir entre ellos, lejos de todo método y de toda medicina que no sea el bebedizo o el emplasto que suministran sus estólidos curanderos; el joven sacerdote no puede, digo resolverse a esto sin una abnegación que tiene algo de sobrenatural. Ni debe causar extrañeza que algunos, en un aislamiento y destierro semejante, se abandonen a vicios que justamente reprueba la sociedad y la moral, pero que son muy de presumir en quien no sea un héroe de santidad y perfección cristiana. Por esta causa ha sido siempre difícil proveer de párrocos a estos lugares; ni es sorprendente que a costa de todo sacrificio quisiera el obispo procurarse sacerdotes idóneos para ese difícil ministerio: así es que, no satisfecho con aquellas cuatro becas, fundó otras dos en los mismos términos, disponiendo de 6,000 pesos que tenía, procedentes de las parroquias, para lo que obtuvo previamente el consentimiento de los respectivos párrocos.

Además, para beneficio no sólo del mismo Seminario, sino de los amantes en general de las letras, quiso enriquecer la biblioteca que se había comenzado a formar desde la época del Illmo. Puerto, haciéndole donación de muchos libros clásicos de su propiedad. Procuró, además, recoger los volúmenes perdidos, fulminando excomunión contra los que no devolviesen los que poseyeran. A ejemplo del obispo, su secretario el Dr. D. Juan Domingo de S. Pelayo, donó a la biblioteca muy buenos libros,



consiguiendo que hiciesen otro tanto los canónigos y los curas; el mismo doctor hizo a su costa los estantes, empastó los volúmenes y se tomó el trabajo de ordenarlos. Además, para que cuidase de la conservación de los libros, se nombró un bibliotecario tan instruido, diligente y respetable como D. Pedro Ignacio Iturrubarría, clérigo que con otros de su mismo apellido, figuró bastante en ese tiempo. Desde entonces se impusieron los obispos, que se sucedieron hasta hoy, el deber de hacer al Seminario donaciones de libros, contribuyendo todos con su parte a la formación de la biblioteca, que es ahora del estado.



Fuente: Gay, José Antonio, *Historia de Oaxaca*, México, Talleres V. Venero, 1950, p. 462-464. Recuperado de Dalton, Margarita. (Comp.) *Oaxaca. Textos de su Historia*, vol. I. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990. p. 126-127.

